mana podrá jamás tratar dignamente, y que es mas propio para meditarlo que para disertar sobre él. El lector puede sacar de este tratado lo que mas se adapte á sus miras y sentimientos particulares, y asimilárselo, desenvolviendo por sus propias reflecsiones los gérmenes que en él hemos depositado. Pero de cualquier modo que se le considere, y bajo cualesquier aspecto que se le estudie, se debe necesariamente, á nuestro parecer, venir á parar á esta conviccion comun, esto es: que la naturaleza no puede probar mejor que el cristianismo la ecsistencia de Dios, y en particular, que nada mejor que el dogma de la redencion puede probar la divinidad de Jesucristo. Solamente Dios podia conocer tan bien el corazon humano para acertar á prescribir la única medicina que sus enfermedades requerian. Solo Dios podia haber conservado el secreto de nuestra naturaleza hasta el estremo de que el remedio que nos ofreció estuviese á la vez tan en contradiccion aparente y tan en armonía real con nuestra constitucion original, así como tan fuera de las concepciones humanas, no solamente por su profunda sabiduría, sino tambien por su locura esterior; porque la locura de la cruz es tal, que no podia caber en cabeza humana, y ella sola establece entre su autor y el espíritu humano un espacio insuperable, en medio del cual viene á surjir este dilema: ó la razon humana cuando apareció el cristianismo era buena y sábia, y entonces Jesucristo no merece el nombre de hombre, tan insensata es su concepcion; ó la razon humana estaba descarriada y pervertida, y debe por consiguiente su curacion á Jesucristo, en cuyo caso necesariamente Jesucristo es Dios; porque aquel que se habia librado del naufragio de la razon humana, y que tan fielmente habia guardado su depósito, no puede ser sino el principio mismo de esta razon. Es pues un hecho, cuya manifestacion ha ido creciendo por espacio de diez y ocho siglos, y que en el dia ha llegado ya á su colmo, que el espíritu humano se hallaba, á la venida de Jesucristo, en el último parasismo de la corrupcion y del error, y que bajo la influencia del principio cristiano fué recobrando poco á poco la razon y la verdad, y ha ido siempre engrandeciéndose y marchando, en las reformas que se dirijen sin interrupcion y al través de los sacudimientos mas violentos, á la mas ilimitada perfeccion. Jesucristo pues es Dios. Es Dios, lo mismo que el autor de la naturaleza, porque, como él, creó un mundo y lo conserva. Es Dios, porque nos amó hasta la muerte, y por esta muerte nos dió la vida. Es Dios, porque por una obra que le pertenece tan esclusivamente, que le valió el vivir en el destierro de la humanidad, salvó á esta humanidad. Es Dios, en fin, porque en esta obra tan despreciada desplegó y concilió á la vez con un arte enteramente divino la santidad, la justicia, el amor, la sabiduría y el poder mas infinitos, todo el carácter de Dios, en una palabra, y lo puso en relacion con la oscuridad y degradacion en que se hallaba envuelto el carácter del hombre, hasta regenerarlo enteramente, y hacer brillar en él las virtudes, las luces y las esperanzas desconocidas aun en la tierra.

"Es sin duda maravilloso que este misterio de "piedad, que se manifestó en la carne, haya sido "justificado por el espíritu, revelado á los ángeles, "predicado á las naciones, creido en el mundo, re-"cibido en la gloria (1)."

CAPITULO XI.

La Trinidad.

I. Para ser buen cristiano no se necesita ser gran teólogo. El teólogo mas consumado no conoce mas verdades esenciales á la salvacion que el mas humilde fiel con su catecismo; solo que, depositario aquel de la doctrina, se halla en mejor disposicion para defenderse contra los ataques del error.

Pero esta alta mision de la teología debe ostentarse mas particularmente en las cátedras destinadas á la enseñanza sacerdotal, de modo que no deja de tener inconvenientes el que se hable de ella desde los púlpitos en nuestras iglesias.

Nos esplicaremos:

Si los dogmas cristianos, y en particular el de la Trinidad, son con frecuencia considerados como redundancias y enigmas propuestos á la razon humana, ó como abstracciones sin gusto y sin fruto, es porque ecsisten dos causas en apariencia contradictorias que producen este resultado: la ignorancia que no quiere admitir nada, y la ciencia que todo quiere esplicarlo.

Hay en efecto una ignorancia, hija de la indiferencia, que tiene á un gran número de cristianos, que esteriormente parecen dotados de buena fé, apartados de la doctrina evangélica hasta dejarles ignorar su letra y obligarles á resignarse con la deplorable preocupacion de que por lo mismo que esta doctrina se compone de misterios, debe aceptársela sin raciocinio y sin ecsámen, y que la fé consiste en una disposicion ciega á creerlo todo en globo sin saber lo que se cree, cuando es todo lo contrario, pues la regeneracion que ella produce solo puede introducirse en el corazon por medio de la meditacion y de la penetracion de las verdades cristianas, y por su accion familiar sobre el espíritu.

Ecsiste además un abuso de escolasticismo, que algunas veces convierte los dogmas cristianos, considerados en sí mismos, en objeto de disertaciones demasiado profundas, demasiado aisladas, y que no conservan su enlace recíproco y general; que á fuerza de sutilezas los hacen mas ininteligibles, los separan de su natural acompañamiento para formar con ellos una cosa aparte, en la que la ciencia y la imaginacion se espacian dejando muy atrás el corazon, la vida, y esa razon práctica, que es la primera garantía de la verdad: disertaciones, en fin, que sacrifican la fisiología de la Religion á su economía.

Los dogmas cristianos no son incomprensibles mas que en un sentido. Presentan como dos faces: una por parte de Dios, el *cómo* del misterio: *¿cómo* puede un Dios hacerse hombre? *¿cómo* puede morir?

(1) San Pablo, *Epist. ad Thimot.*

¿cómo puede ser único en tres personas? &c. ¡Misterio!!! La otra faz es por parte del hombre, el *por qué* del misterio: *¿por qué* se hizo Dios hombre? *¿por qué* murió? *¿por qué* nos manifestó sus tres personas? Hé aquí lo que es comprensible, claro, inagotable en riquezas intelectuales y en fecundidad moral; y la luz que por este lado brilla es para nosotros una prenda de la verdad que en la tierra no comprendemos, y que se oculta á nuestras miradas por el lado del misterio que únicamente se refiere á Dios.

Por otra parte los misterios cristianos se esplican recíprocamente, y se eslabonan y ajustan entre sí para llegar por fin á adaptarse á la moral y fecundarla, hasta hacer del conjunto del cristianismo un todo armónico, que produce muy mal efecto si se pierde de vista el enlace que lo constituye, y se separan los elementos de que se compone.

La Religion es una ciencia eminentemente práctica: todo lo puramente especulativo debió separarse de ella, no solo como inútil, sino tambien como contrario. Lo que en una obra hay de mas, prueba poca inteligencia de parte del autor, lo mismo que lo que hay de menos. En este sentido, el cristianismo revela una sabiduría muy profunda, no permitiendo al espíritu humano la comprension de los misterios en sí mismos, que no conduciria mas que á ecsaltarlo y ensoberbecerlo sin santificarlo; y reservando esta comprension para la sola práctica, á fin de que, por medio del contraste, nos hiera mas del lado especulativo y tenebroso.

Bajo este punto de vista, la sobriedad y ecsactitud de la doctrina cristiana son admirables: nada se conoce en ella de inútil ni supérfluo. Todos esos misterios, que se representa la incredulidad como sobrecargas y redundancias, se hallan combinados de la manera mas económica para la obra de la salvacion humana. En ellos se manifiesta la Divinidad hasta oficiosa y llena de miramientos con la razon, y ésta adquiere la revelacion de las verdades divinas en la justa proporcion de sus necesidades morales; de modo que en el mismo punto, donde se acaba la relacion moral, termina tambien la obligacion de la fé.

Aplicando pues estos principios al dogma de la Trinidad, ¿quién creeria que el destino de este dogma, que parece el mas repugnante á la razon, es aligerar el peso de todos los demás y ponérnoslos en evidencia para que podamos comprenderlos mejor?

Hemos visto ya que el plan del cristianismo consiste en restaurar al hombre degenerado, volviéndolo á que sea lo que fué al principio, la imájen de Dios, poniendo á este efecto el carácter de la Divinidad en contacto con el suyo.

El dogma esencial por cuyo medio nos es revelado este carácter de la Divinidad y se ajusta al nuestro, como un molde vivo segun el cual debemos reformarnos, es el dogma de la redencion.

En él da el cristianismo una forma palpable, hasta cierto punto, á los sublimes atributos de la Divinidad, sin hacerlos perder nada de su infinidad, y apropia á los sentimientos de la naturaleza humana estos mismos atributos que escitan la admiracion y la alabanza de los ángeles en el cielo, hasta tal grado, que el hombre sabe tanto como el querubin, cuán santo, justo, misericordioso, sabio y poderoso es Dios, y que la cruz de Jesucristo, donde resplandecen estos atributos de la Divinidad, es igualmente adorada en el cielo, la tierra y los infiernos.

Pues bien, este dogma tan esencial, que es el centro del cristianismo, seria completamente incomprensible para nosotros sin el misterio de la Trinidad.

¿Cómo podriamos conocer hasta qué punto es necesario el misterio de la redencion, si de antemano no supiéramos que hay en Dios tres personas: una que ecsije, otra que satisface, y otra que, como verémos luego, derrama sobre nosotros los frutos de esta satisfaccion? Era absolutamente necesario que hubiese tres actores en ese gran drama cuyo desenlace contenia la salvacion del género humano, y lo era asimismo que los tres fuesen *infinitos*, y por consiguiente que no formasen mas que *uno*, porque no puede haber mas que *un infinito*. Sin la ecsistencia de tres personas en Dios, hubiera sido imposible la redencion de la humanidad por la cruz de Jesucristo; y sin la nocion de este misterio, nuestra inteligencia no la hubiera comprendido, y por consiguiente ninguna relacion moral hubiera tenido con nuestro corazon; de manera, que puede decirse que el dogma de la redencion, el mas familiar de todos ellos, seria, sin el misterio de la Trinidad, mas inconcebible que este mismo misterio. El misterio de la Trinidad es en la doctrina cristiana lo que los primeros principios en las ciencias ecsactas, indemostrable en sí mismo, pero fundamento y raiz del dogma de nuestra justificacion, y este es en efecto el carácter que le imprimió el concilio de Trento: *Initium et radix totius justificationis nostrae.*

En sí mismo el misterio de la Trinidad carece de influencia moral. ¿Qué virtud, qué santificacion nos resultaria de la pura consideracion de un Dios en tres personas? Ninguna, ó casi ninguna (1). Ademas es, si nos atrevemos á decirlo, engañarse peligrosamente hacer de este misterio el objeto de una disertacion especial, á menos que sea para fijar sus nociones y conservar teológicamente su doctrina. No debemos llamar hácia él la atencion de los fieles de una manera demasiado aislada y especulativa, porque nos espondriamos á convertir la doctrina cristiana en abstracciones estériles para los creyentes, escandalosas para los incrédulos y siempre contrarias al verdadero espíritu del cristianismo, que tiende en todas sus cosas á la práctica y á la moralizacion (2).

(1) Nos reservamos para mas adelante modificar esta opinion, aunque todo servirá para confirmarnos mas en su generalidad.

(2) Por otra parte, aquí no hacemos mas que repetir la leccion dada por el concilio de Trento:—"Pero como nada hay mas "espuesto que querer penetrar cosas tan sublimes y dificiles, ni "mas peligroso que equivocarse queriéndolas esplicar, procura-"rán los pastores hacer entender á los fieles que deben retener "con mucho cuidado las palabras *esencia* y *persona*, consagra-"das á la esplicacion propia de este misterio, y recordar que la "unidad está en la *esencia* y la distincion en las *personas;* pero "que deben evitar el engolfarse en otras investigaciones sutiles

Pero tanto como conviene ser circunspecto en la consideracion del misterio de la Trinidad en sí mismo, tanto es preciso presentarlo como el mas fundamental de todos los dogmas por su relacion con ellos. Debe sin cesar presentarse á nuestro entendimiento, pero presentarse en accion, sobre la cruz, y realizando, por medio de los elementos que lo constituyen, la suprema santidad, la suprema justicia, el supremo amor y la suprema unidad por la caridad que nos une á Jesucristo para unirnos á Dios, y hacernos así participantes de su naturaleza. Colocado de este modo en su destino en el plan de la revelacion cristiana, el misterio de la Trinidad deja de ser una abstraccion enigmática, y se convierte en una visible operacion de la Divinidad, que obra por sí misma en la salvacion de los hombres, y recibe en su misteriosa naturaleza las adoraciones que en nosotros escita la manifestacion de su amor.

Erskine vistió este pensamiento con espresiones que tal vez nos harán conocer mejor su ecsactitud.

"Sin el dogma de la Trinidad, la doctrina de la "justicia y de la misericordia de Dios, combinadas "en la obra de la redencion, y de la continua vigi-"lancia que ejerce sobre los progresos de la verdad "en el mundo en general y en el corazon de cada "hombre en particular, no hubiera podido comuni-"cársenos de una manera tan clara y distinta. La "Biblia empero no hace nunca mencion de este dog-"ma, sino bajo el punto de vista de los designios "morales de Dios sobre el hombre, y no nos lo en-"seña como objeto separado de creencia. Hay pues "una grande y muy importante diferencia entre "ambos métodos. En el primero el dogma se pre-"senta como un hecho aislado, de naturaleza es-"traña, ininteligible, y que hasta podria sugerir la "idea de que el cristianismo quiere hacer creer las "cosas mas improbables; en el otro se muestra el "dogma unido de una manera indisoluble á un acto "de santidad y de divina compasion, que engendra "en nuestro corazon un tierno afecto, cuya na-"turaleza y objeto son inteligibles, y cuya influen-"cia es omnipotente. El hecho abstracto de que "ecsiste una pluralidad en la unidad divina, no se di-"rije realmente ni á nuestra inteligencia (1), ni á "nuestros sentimientos, ni á nuestra conciencia. Pe-"ro la oscuridad del dogma se disipa, al menos res-"pectode su fin moral, cuando se nos anuncia por me-"dio de estas palabras: *Tanto amó Dios al mundo, "que nos dió su Hijo único, para que los que creyeran "en él no se perdiesen y alcanzasen la vida eterna:* "ó en estos otros términos: *Pero el consolador, que "es el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi "nombre, os lo enseñará todo.* Seguramente que "nuestra ignorancia metafísica de la esencia divina "no se disminuye con esta esplicacion, pero se "ilustra con ella nuestra ignorancia moral del carác-"ter divino, y esto es principalmente lo que nos im-"porta."

"y curiosas, ateniéndose á esta sentencia: *El que escudriña la "Majestad se verá oprimido por el resplandor de su gloria."* —CATECISMO DEL CONCILIO DE TRENTO, cap. 2, párrafo 3.

(1) Esto es demasiado absoluto. Mas adelante lo esplicaremos.

Por consiguiente debemos creer que el misterio de la Trinidad se nos reveló, porque era necesario que conociéramos la Trinidad de las personas divinas, para comprender mejor su operacion moral en la redencion del mundo Esta revelacion tuvo pues por objeto aucsiliar á nuestra inteligencia mas bien que limitarla. Esplicar un misterio por otro, es facilitar su comprension, y no puede suceder de otro modo; porque siendo la naturaleza de Dios insondable para nuestra débil razon, no podemos verla tan claro que ya no fuera misterio. El misterio ecsiste siempre en Dios para todas las inteligencias hasta las mas puras, y solo hay diferencia en los grados de conocimiento, que reside todo entero en Dios solo. Por esto Dios podia hacernos mas comprensible el misterio de la Trinidad, y esplicárnoslo mas claramente; pero esta esplicacion debia envolver en sí otro misterio, y así sucesivamente. Pero ¿por qué se limitó la revelacion cristiana al misterio de la Trinidad y fué tan reservada en todo lo demas?... Porque semejante esplicacion no tenia utilidad *moral.* El mismo misterio de la Trinidad no debia esencialmente conocerse, sino para la inteligencia del dogma de la redencion: en sí mismo carecia de utilidad moral. Esplicarlo en sí mismo por medio de otro misterio, hubiera sido una redundancia en el plan del cristianismo, que se halla perfectamente adaptado al fin de la curacion moral del hombre; hubiera sido hasta un obstáculo á este fin, porque nuestro orgullo se habria satrisfecho con un conocimiento que habria lisonjeado nuestra inteligencia sin reprimir nuestro corazon, y porque hubiéramos deseado y buscado con mas ansia el misterio que nos habria dado la esplicacion del misterio de la Trinidad,que este misterio mismo.

Nunca se estudia bastante esta bella economía del plan de la doctrina cristiana, en el cual no hay ninguna verdad dogmática que no aspire, como por medio de una cuerda armónica, á alguna impresion moral y vivificante para el corazon, y que no aspire sobre todo á hacerle sentir su miseria y su natural debilidad, para obligarle á desear y procurar su curacion. De manera, que al mismo tiempo que se siente el espíritu ecsaltado por la comunicacion de la luz divina, el corazon se siente en igual proporcion humillado por el conocimiento que de su nada le da esta misma luz; que el conocer de este modo es humillarse, y el humillarse es disponerse á adquirir mas conocimientos, y que por este medio la débil naturaleza humana, desembarazada del peso del orgullo que acompaña siempre á nuestras obras, puede desarrollarse sin obstáculo, y elevarse sin tropiezo hasta la cumbre de la perfeccion.

Hay, pues, una sabiduría profunda, un profundo conocimiento de nuestra naturaleza, que no puede pertenecer mas que á su autor, y que está en tan justo equilibrio entre el dogma y la moral, que nos ilumina sin deslumbrarnos, nos instruye sin envanecernos, y dirije toda ciencia á la perfeccion de la virtud.—Esta sabiduría brilla principalmente en el misterio de la Trinidad y en el espeso velo que cubre á este misterio.

II. Los espíritus fuertes esplotaron esta oscu-

ridad contra la fé, deduciendo de ella mil absurdos, sin reparar en que las sombras, que nos impiden la comprension del misterio, lo protejen contra sus vanos y falsos juicios.

Si se limitasen á decir que el misterio de la Trinidad es *incomprensible* y superior á la razon, estarian ecsactos en cuanto á la proposicion, aunque su objecion careceria de objeto; porque, como dijo un ilustre y piadoso sabio: "Entre todas las objeciones "que puede hacer el incrédulo, ninguna es tan mise-"rable como la que se funda en su defecto de com-"prension (1)."

Pero pasan mas adelante, y dicen que el misterio de la Trinidad es *absurdo*, es decir: *contrario á la razon.* Tres personas, cada una de las cuales es Dios, y que sin embargo no son mas que un solo Dios, les parece una contradiccion radical é inadmisible, contra la cual deben estrellarse todos los argumentos en favor de la verdad de nuestra santa Religion, y que hasta les dispensa de ecsaminarlos.

¡Cuántos filósofos se dejan arrastrar por esta ligereza en el ecsámen y esta osadía en las conclusiones!

Sin embargo, lo decimos sin rebozo: si algun dogma de la Religion cristiana implicase realmente *contradiccion*, este dogma y toda la Religion serian *falsos.*—Si la Religion es verdadera, no puede ser contraria á ningun órden de verdad, porque la verdad es una, y debe permanecer siempre intacta bajo todos sus puntos de vista. La revelacion cristiana vino sin duda á enseñar á los hombres verdades superiores y nuevas; pero encontró ya en la razon humana verdades primitivas que habian sido depositadas en ella desde el principio por el mismo Dios, que forman como nuestro sello divino, y las cuales no podemos adulterar sin renegar de nosotros mismos. Una Religion, que se dice divina, debe aspirar á completar estas verdades, y no á destruirlas.

No puede negarse que bajo este punto de vista la Religion cristiana ha acreditado su divinidad. Nada hay que esté mas en armonía con las verdades fundamentales del corazon humano que su moral y sus preceptos: hasta ha restablecido en nosotros las verdades primitivas de nuestra naturaleza, sepultadas antes como entre ruinas, y ha restaurado el edificio de nuestra grandeza con un arte que revela la mano que lo habia fundado.

Semejante religion no solo seria contraria á la razon, sino tambien á sí misma, si en el dogma fundamental de la Trinidad se opusiera á alguna verdad absoluta del entendimiento humano.

Pero antes de tocar á este delicado punto, es menester que lo aclaremos por medio de una distincion particular, formulada por Leibnitz en los siguientes términos:

"Hay una distincion, que no debe nunca olvidar-"se, *entre lo que es superior á la razon, y lo que es "contrario á la razon:* lo que es contrario á la razon "es contrario á las verdades absolutamente ciertas "é indispensables, y lo que es superior á la razon "es contrario solo á lo que estamos acostumbrados "á esperimentar. Una verdad es superior á la ra-"zon cuando nuestro entendimiento no sabe com-"prenderla: tal nos parece la Santísima Trinidad, y "tales son los milagros reservados á solo Dios, co-"mo por ejemplo, la creacion. La verdad no pue-"de ser nunca contraria á la razon, y lejos de ser "incomprensible un dogma porque la razon lo com-"bate, podemos decir que nada es mas fácil de com-"prender que su absurdidad. Dije ya al principio "que por la *razon* no quiero entender aquí las opi-"niones y discursos de los hombres, y mucho me-"nos el hábito de juzgar de las cosas segun el cur-"so ordinario de la naturaleza, sino el encadenamien-"to inviolable de las verdades (1)."

Nada podrá replicarse á semejante regla, porque está tomada en las mas puras fuentes de esa misma razon que queremos hacer prevalecer contra la fé.

Notemos principalmente en ella esta verdad: *Lejos de ser incomprensible un dogma porque se halle combatido por la razon, podemos decir que nada es mas fácil de comprender que su absurdo.*

El incrédulo, que pretende que el dogma de la Trinidad es contrario á la razon, no debe pues limitarse á decir que no lo comprende, sino que debe procurar comprender y hacer comprender á los demas que semejante dogma es un absurdo evidente. Debe poder manifestar que esta proposicion: *Hay un Dios en tres personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, las cuales no hacen mas que un solo Dios,* es manifiestamente contraria á la razon, es decir, no á nuestras opiniones, á nuestros discursos y á nuestros hábitos, sino como dice Leibnitz, *al encadenamiento inviolable de las verdades absolutamente ciertas é indispensables.* El incrédulo debe pues demostrarla si quiere conservar el derecho de pretenderla.

Por lo mismo que no se limita á pedirnos que le espliquemos *el cómo* tres personas, cada una de las cuales es Dios, no hacen sin embargo mas que un solo Dios, le responderemos, que nada tenemos que esplicarle; que aquí no somos mas que *sustentantes* contra el que pretende que el dogma de la Trinidad implica contradiccion; que por lo mismo á nosotros solo nos toca callar, y que él es el que debe hablar y disipar el misterio para manifestarnos los absurdos que contiene.—Añadiremos, ademas, que nos pondriamos en contradiccion con nosotros mismos si intentásemos esplicar este misterio, pues creemos y enseñamos que es y debe ser superior á la razon, que solo su accion, *su por qué*, en el edificio del cristianismo, puede esplicarse bien, y nada tiene de misterioso, puesto que sin él no hubiera habido redencion posible, ni hubiéramos podido comprenderla; que por él, puesto en accion en la grande obra de nuestra salud, pudieron todos los caracteres de la Divinidad desarrollarse á los ojos del alma humana y ejercer sobre ella una influencia regeneradora; que esto solo era lo que nos importaba comprender; que hay una sabiduría profunda en no habernos elevado desde el abismo de nuestra miseria á una comprension mas especulativa, y que el cristianismo se

(1) Haller, *Cartas sobre el Apocalipsis.*

(1) Leibnitz, *Teodicea.* Discurso sobre la conformidad entre la fé y la razon.

halla perfectamente de acuerdo consigo mismo y con la razon, habiendo dejado escondido este secreto en el seno de Dios.

He aquí lo que responderemos al incrédulo, y despues le haremos ver con mas fuerza aún la necesidad que tiene de esplicarnos y manifestarnos dónde está lo que él pretende descubrir en el misterio de la Trinidad, esto es, la contradiccion. El incrédulo no puede, como nosotros, acojerse á la incomprensibilidad del dogma, porque desde este momento abandonaria su tesis. Es menester que se coloque enteramente al descubierto; y ya que, segun él, este dogma es un absurdo, debe poder demostrárnoslo, ó de lo contrario diremos que semejante absurdo no ecsiste, y que ha andado muy de ligero al pretenderlo.

Oigámosle pues:

1.° "Dos cosas iguales á una tercera son tam-"bien iguales entre sí. Por consiguiente siendo el "Hijo y el Espíritu Santo cada uno de ellos una "misma cosa con Dios Padre, deben necesariamen-"te ser una misma cosa entre sí, como lo son con "éste. Por consiguiente, la Trinidad de las perso-"nas se pierde en su unidad, y su semejanza las "confunde; á menos que se quiera decir que una "misma cosa es á la vez una y múltiple, lo cual es "un absurdo.

2.° "Siendo cada una de las tres personas Dios, "habrá tantos dioses como personas, y decir en se-"guida que todas juntas no hacen sin embargo mas "que un solo Dios, será decir que tres veces uno ha-"cen uno, lo cual es mas absurdo todavía; la diver-"sidad escluye la semejanza, la multiplicidad esclu-"ye la unidad.

"En dos palabras: si no hay mas que uno, no "puede haber tres; y si hay tres, no puede haber "uno solo.

Todo el aparato de esta argumentacion, la única que de ordinario se opone, y que se puede oponer al dogma de la Trinidad, estriba en la ignorancia ó descuido siempre inescusables en quien quiere pasar plaza de controversista.

Para disiparlos recordaremos tan solo las siguientes palabras del catecismo del concilio de Trento: "Procuren los pastores hacer entender á los fieles la "obligacion en que están de retener cuidadosamente "las palabras *esencia y persona*, destinadas á la es-"presion propia de este misterio, y de tener presen-"te que la unidad está en la *esencia* y la distincion "en las *personas*.

Sentado esto, contestaremos á los dos argumentos.

Por lo que hace al primero, podemos decir desde luego que es vicioso en la menor del silogismo: *Siendo el Hijo y el Espíritu Santo cada uno de ellos una misma cosa como Dios Padre.* Las premisas y la conclusion serian ecsactas y justas en sí mismas, pero la falsedad de esta menor destruye su enlace. ¿Quién ha enseñado en efecto que el Hijo y el Espíritu Santo fuesen cada uno de ellos una misma cosa con el Padre? ¿Quién ha dicho jamas una cosa semejante? El dogma dice al contrario, que el Hijo y el Espíritu Santo se diferencian positivamente del Padre, y que hay tres personas distintas:—la primera que es el Padre,—la segunda que es el Hijo,—y la tercera que es el Espíritu Santo. ¿Puede haber nada mas formalmente esclusivo y mas contrario á aquella asercion que constituye toda la sustancia de los argumentos del incrédulo: *Siendo el Hijo y el Espíritu Santo cada uno de ellos una misma cosa con Dios Padre?*

En esta argumentacion el artificio ó la ignorancia consisten en la reunion de estas palabras: *Dios Padre*, que se dirijen á confundir la esencia divina con la persona, que es distinta en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo. Así en Dios Padre hay dos cosas, la *Divinidad* y la *Paternidad*, de las cuales solo la segunda hace parte de la *Trinidad*. El Hijo y el Espíritu son una misma cosa con *Dios Padre* en cuanto á *Dios*, pero no en cuanto á *Padre*, y solo considerándolo como *Padre* decimos que el Hijo, el Espíritu Santo y *El* son tres. En una palabra, en el misterio de la Trinidad, la semejanza no recae sobre el mismo punto que la diversidad, en cuyo solo caso habria contradiccion; pues la semejanza está en la esencia divina, y la diversidad ó distincion en las personas.

Es verdad que *dos cosas que son iguales á una tercera son tambien iguales entre sí;* pero para que de esto pudiésemos deducir algo contra el misterio de la Trinidad, seria preciso que *el Hijo y el Espíritu Santo fuesen una misma cosa con el Padre*, lo cual no aparece ni puede aparecer, en el argumento que se nos opone, sino por una confusion entre *Dios* y *Padre*, entre la *esencia* y la *persona*.

Vamos al segundo argumento. Desde luego podemos decir que se encuentra ya singularmente debilitado por la contestacion que acabamos de dar al primero, del cual no es mas que una especie de corolario.

Del mismo modo que en el primero el defecto consistia en poner en las *personas* la semejanza que solo está en la *esencia*, el defecto del segundo consiste en poner en la *esencia* la diversidad que solo está en las personas.

"Siendo cada una de las tres personas Dios, di-"cen,—hay tantos dioses como personas;—por con-"siguiente, decir en seguida que estas tres personas "no hacen juntas mas que un solo Dios,—es decir "que tres veces uno hacen uno, lo cual es un ab-"surdo."

El argumento es vicioso en el segundo miembro de la mayor: *hay tantos dioses como personas.*

De que cada una de las tres personas sea Dios, no se sigue en efecto que haya tantos dioses oomo personas. Para que fuera así, seria menester que cada una de las tres personas fuese *un Dios*, lo cual no lo ha enseñado nunca el dogma.

Vamos á esponerlo en toda su integridad:

"Hay en Dios tres personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

"El Padre es.... Dios,

"El Hijo es.... Dios,

"El Espíritu Santo es.... Dios,

"Y estas tres personas no hacen mas que *un solo Dios.*"

Se ve pues que el dogma no dice de cada una de las tres personas, como lo dice de las tres juntas, que es *un Dios*, sino solamente que es.... *Dios*, y esta diferencia de espresion importa mucho, porque deja el carácter de la Divinidad comun á las tres personas, y solo le particulariza en su reunion.

Si lo particularizase en cada una de las tres personas, habria tres veces un Dios, que no haria mas que un Dios, lo cual seria absurdo; pero no es así. Seria necesario violentar, no solo el sentido sino tambien las palabras del dogma, para discurrir de este modo. El dogma dice que cada una de las tres personas es.... Dios, tiene la cualidad de Dios, la sustancia de Dios, que es UNO; lo cual no es contradictorio, como no lo es que varios rayos de luz sean sustancia de un mismo cuerpo luminoso que los engendra, y con el cual están adheridos y confundidos, y como no lo es en ciertos derechos incorporales que residen todos enteros en el conjunto de una cosa y en cada una de sus partes, segun aquella mácsima de los juristas: *Est totum in toto et totum in qualibet parte.* De la misma manera (aunque sin analogía) se dice que el dogma de que vamos tratando presenta trinidad de personas en la unidad divina, y unidad divina en la trinidad de personas: *Unitatem in trinitate et trinitatem in unitate* (1)."

Tambien aquí viene Leibnitz á corroborar nuestras esplicaciones con esta sencilla observacion que previene todas las dificultades:—"Cuando decimos "que el Padre es Dios, que el Hijo es Dios y que "el Espíritu Santo es Dios, y que sin embargo no "hay mas que un solo Dios, debemos creer que la "palabra *Dios* no tiene igual significacion al princi-"pio que al fin de esta frase. En efecto, una vez "significa la sustancia divina; y otra vez una perso-"na de la Divinidad (2)."

Pero ¡qué! el mismo Leibnitz, tan grande como era, bebió esta esplicacion en la fuente mas comun y mas popular, y el mas pequeño infante hubiera podido dárnosla tan bien como él, y hasta mejor que él, porque la sencillez de sus labios sabe guardar mas fielmente el depósito de la enseñanza católica. En efecto, el símbolo de los apóstoles, ese *Credo* que recitamos todos los dias, esplica el dogma de la Trinidad de la manera siguiente:

"Creo en un solo Dios,—Padre todopoderoso;—"en Jesucristo su Hijo único, *Dios de Dios, luz de* "*luz, consustancial* al Padre;—creo en el Espíritu "Santo, *que es tambien señor* que *procede* del Padre "y del Hijo, &c."

Se ve pues que cuando decimos *el Hijo de Dios* &c., no queremos decir que el Hijo es un Dios (él solo), sino que *es Dios, está en Dios*, y lo mismo hablando del Espíritu Santo, el cual procede del Padre y del Hijo; de manera que no hay ninguna especie de contradiccion en decir luego que las tres personas no hacen mas que *un solo Dios.*

Esto es lo que nos habiamos propuesto probar, y creemos haberlo conseguido.

De este modo se desvanecen las objeciones del incrédulo, y no queda ya mas que un misterio, pero no un absurdo.

Seria sí un absurdo querer que la naturaleza divina no fuese un misterio; pues seria pretender que lo que hay de mas finito, el entendimiento humano, tan limitado, tan incomprensible, que es para sí propio un misterio, pudiese comprender lo infinito en lo que hay de mas infinito, y penetrar no solo la tierra y el cielo, sino el cielo de los cielos.

III. Ved empero toda la debilidad y las variaciones de este pobre entendimiento humano cuando va flotando fuera de aquel *navío de la revelacion divina que no teme nunca las tempestades*, como decia Sócrates: este mismo misterio de la Trinidad, que tanto ofusca á la razon moderna, y al cual considera como un yugo humillante, como un triste enigma propuesto para desesperarla y sujetarla, este mismo misterio constituia el orgullo de los mas esclarecidos genios de la filosofía antigua, cuyos sublimes esfuerzos se emplearon para acercarse á su conocimiento.

Dejemos hablar aquí á d'Aguesseau, cuyo distinguido talento dará nuevo realce á nuestras reflecsiones:

"Todos los argumentos de los enemigos de la Re-"ligion cristiana se fundan en el único supuesto de "una contradiccion real en el misterio de la Trini-"dad: contradiccion que jamas llegan á demostrar-"nos. Las consecuencias que de aquí se deduzcan "deben pues ser necesariamente falsas; y, lejos de "que la razon las favorezca, sucede todo lo contra-"rio: cuanto mas perfecta y mas ilustrada es, mas "siente y reconoce sus defectos.

"Es ademas muy digno de notarse, y esta reflec-"sion se os ocurrirá por sí misma, señor, que el "misterio de la Trinidad, que creemos el mas in-"comprensible de todos, es no obstante el que pa-"rece haberse hecho mas accesible que ningun otro "á la filosofía mas sublime y racional de la antigüe-"dad, es decir: á la de Platon, de modo que de lo "que ella nos dejó sobre esta materia no hay mas "que un paso para llegar á lo que la Religion nos "enseña. Parecia á los platónicos tan poco contra-"rio á la razon este dogma, que uno de ellos admi-"tió hasta con entusiasmo el principio del Evange-"lio de San Juan, diciendo que no sabia compren-"der cómo una filosofía, que él llamaba bárbara res-"pecto de la de los griegos, hubiese podido adelan-"tar tanto (1). En esto se ve cuánta verdad es, "que en materia de ideas y de raciocinios metafisi-"cos es siempre peligroso esforzar demasiado los ar-

---

(1) Símbolo de San Atanasio.

(2) Leibnitz, *Teodicea*, Discurso sobre la *conformidad* entre la fé y la razon.

(1) D'Aguesseau, *Cartas sobre varias materias*, t. XVI de sus obras.

Esta última reflecsion es tanto mas notable en la pluma de d'Aguesseau, cuanto era *cartesiano*, sostenia los derechos de la razon, y sobre todo la justificaba mejor que nadie por la fuerza de la suya. Su gran principio era que solo debiamos rendirnos á la *evidencia;* pero en seguida distinguia entre dos especies de evidencia, una de la *luz*, y otra de *autoridad:* él seguia siempre esta ultima en metafísica religiosa.—Los filósofos de nuestros dias no han renunciado suficientemente á sus títulos, puesto que se llaman *cartesianos*, á favor de cuya palabra se han puesto á cubierto bajo los grandes nombres de los *cartesianos* del siglo XVII: Mallebranche, Bossuet, Fenelon, d'Aguesseau &c.—Hay *cartesianos* y *cartesianos*.—Tambien Spinosa era *cartesiano*.—Pero tambien es verdad que la filosofía ecléctica